

LA CRÓNICA:
LA NARRACIÓN DEL ESPACIO Y EL TIEMPO

Virginia Rioseco Perry*

RESUMEN. En este artículo se reflexiona e indaga en torno a la capacidad narrativa de la crónica. También se da cuenta de su posibilidad intrínseca de desplegar el concepto de tiempo, de registrarlo y de otorgar certificado de existencia a la vida humana (en sus acciones, hechos, experiencias) por la palabra. Asimismo, se muestra cómo la crónica, en cuanto “género” híbrido, es capaz de mostrar —gracias a la narratividad y a la acción narrativa de los cronistas— los tiempos diversos por los cuales ha transitado la humanidad. Un punto fundacional es la Conquista de América y la tarea encomendada a los cronistas de Indias de mostrar al monarca todo lo nuevo que ellos percibían y veían. Algo así como llevar estos territorios ignotos al rey para que tomara posesión en su imaginario de sus tierras conquistadas. Pero la crónica no se queda ahí y migra, a decir del teórico Walter Mignolo, a otras disciplinas: a la literatura y al periodismo. Y su vigencia se mantiene hasta hoy con los múltiples relatos de cronistas diversos que se pasean en un espacio que no distingue exactamente la realidad de la ficción, pero que por lo mismo enriquece la mirada de quien lo lee. La crónica sigue vigente y será un vehículo narrativo, pues rescata las vidas y les da certificado de existencia en un mundo donde lo fragmentario y lo vertiginoso del tiempo hacen inasibles muchos hechos que no por menores dejan de dar significado a la existencia.

PALABRAS CLAVE: Crónica, cronistas indianos, tiempo, espacio, narratividad.

* Periodista y Licenciada en Comunicación Social. Correo electrónico: vriosecoperry@gmail.com

LA CRÓNICA: HUMANIDAD CON CERTIFICADO DE EXISTENCIA

Si uno atiende a la experiencia que se tiene al leer y al aproximarse al relato de la crónica (sea ésta de períodos remotos, cuando la Conquista de América fundaba territorios por la espada y por la palabra, o bien cuando en el fulgor de la Independencia y el advenimiento de los Estados nacionales, de la República, se publicaban periódicos que, en una taxonomía curiosa, daban cuenta de nimios sucesos o de hechos trascendentales en la formación y estabilización de estas incipientes naciones), advertimos que, por lo menos, la crónica desconcierta por su multiplicidad de registros y de tonos.

Si nos remontamos a los relatos de los cronistas indianos, vemos que existe una evidente relación que se anuda entre la crónica y el tiempo. Por ello, estos relatos piden indagar por la experiencia temporal que se despliega en aquellos textos que registraban, por mandato del monarca, todo lo nuevo que se les mostraba ante sus ojos.

Pero si nos trasladamos cuatro siglos después hacia la América finisecular, vemos con el mismo asombro que la crónica conserva esa curiosa forma de narrar (por su narratividad) los hechos, de registrar y de dar cuenta de la realidad. Tiempo y espacio se conjugan para proporcionar a este “tipo discursivo” —como lo denomina Walter Mignolo— una suerte de categoría otra en que lo central es la narratividad, pero sobre todo la mirada de quien relata aquello que desde su particular óptica es digno de ser narrado: el autor, el cronista con nombre y apellido.

La pregunta, por tanto, es ¿qué pasa con el tiempo en la crónica? Pero esa pregunta, de algún modo, remite y se asocia a otra más amplia: ¿qué pasa con el tiempo de la crónica? ¿Cuál es la experiencia y el sentido del tiempo que poseía el europeo que arribaba a las costas de “América” a fines del siglo XV y comienzos del XVI? Pregunta que es extensiva al periodista y literato que a fines del siglo XIX utilizaba su pluma para registrar el acontecer en formato de crónica y, también, al cronista de hoy en plena modernidad y posmodernidad, a quien le “conviene” relatar los hechos de la realidad desde esta trinchera “cronificada”, pues le permite libertades que otros géneros periodísticos o literarios no le dan. La crónica sigue intrigando, sea la de un Fernández

de Oviedo, quien la despliega para mostrar el Nuevo Mundo innominado; la de un Vicuña Mackenna, que registra el Chile finisecular; la de un Carlos Monsiváis, centrado en el México que, como él mismo dice, es “innarrable e inabarcable” en estos tiempos, o la de un Jon Lee Anderson, quien en los albores del siglo XXI, desde el diario *The New Yorker*, busca dejar la marca de los acontecimientos vertiginosos del hombre de hoy.

LA EXPERIENCIA DEL TIEMPO Y SU MOVIMIENTO

Lo primero que cabe señalar es que, hacia el siglo XVI, la experiencia del tiempo que tienen los hombres y mujeres del Nuevo Mundo ostenta los signos de una profunda mutación. Metafóricamente, se podría decir que, en relación con el tiempo, se encontraban “entre las campanas y los relojes”.

En efecto, como lo describe de manera hermosa Huizinga,

... a lo largo de toda la Edad Media, el sonido de la campana había dominado el rumor de la vida cotidiana, marcando solemnemente el paso de las horas y de los días, y anunciando con su voz familiar el duelo y la alegría, el reposo y la agitación, los hechos triviales y los grandes acontecimientos (2006: 132).

Sobre todo, las campanas daban la señal para que el tiempo de los hombres estuviese en armonía con el tiempo de la Creación y con el tiempo del Creador.

Pero ya hacia el siglo XV, el tañir de las campanas se fue debilitando, desplazado por un viejo invento para medir el tiempo, pero que hacia esas fechas se multiplica y propaga: el reloj. “Desde que fueron introducidos en el siglo XIV, los relojes daban las horas en todas las ciudades de Europa”, consigna el historiador J. R. Hale (1986: 7).

La aparición y proliferación de los relojes era la traducción visible de una profunda mutación que comenzaba a tomar cuerpo en relación con el tiempo. Los rasgos centrales de ese cambio aparecen en la

sensibilidad temporal del hombre del Renacimiento. Se impone la valoración del momento presente. A diferencia del hombre medieval, quien ponía la mirada en el pasado y apostaba su alma a la eternidad, lo que el europeo comienza a privilegiar es el momento presente, “su” tiempo, el tiempo que le ha tocado en suerte vivir y que debe saber aprovechar para su propia fortuna.

El hombre del Renacimiento —señala Agnes Heller—

vivía por completo en el presente y para el presente. El pasado era lo ideal, pero lo verdadero y dinámico motor de sus actos era la correspondencia con el presente. Ha habido pocos períodos históricos en que el hombre se haya entregado tan incondicionalmente al presente como en el Renacimiento (1980: 201-202).

La experiencia del tiempo como momento presente irá abriendo espacio a la vivencia del tiempo como continuidad, fundada en el cambio y la sucesión:

Hasta la aparición del capitalismo, las sociedades estaban orientadas hacia el pasado. Es decir, en la conciencia de los miembros de la sociedad del futuro no se representaba como nada ‘diferente’: carecía de perspectiva. El futuro se imaginaba como continuación y repetición del pasado, con alguno que otro matiz —cuantitativo— de las proporciones del presente, pero sin que tuviera que ser distinto, sin ninguna transformación sustancial del presente (Heller, 1980: 136).

Es justamente este tiempo “cautivo” del pasado el que comienza a liberarse y a fluir a partir de la afirmación del presente. Lo que emerge entonces es el dinamismo del tiempo, como portador de la novedad y del cambio. Y junto a la conciencia de que los cambios y novedades se engendraban adentro y no afuera del tiempo mismo. Comienza a prevalecer la idea de la sucesión temporal; de un tiempo continuo que muchas veces no sólo camina, sino que en ocasiones corre y se atropella.

El ritmo del tiempo se ha acelerado porque los acontecimientos se suceden sin pausa y, sobre todo, porque el mundo comienza a poblarse de “novedades”. Como si se hubiera abierto una compuerta, en menos de un siglo se logran progresos, adelantos y descubrimientos portentosos, de toda índole, que cambian drásticamente la fisonomía del Viejo Mundo.

No es solamente en el ámbito científico y geográfico que las novedades tienen curso; también, y muy principalmente, en el artístico e intelectual. Así al menos lo señala el historiador Jaques Le Goff:

Sólo en los siglos XIV al XV aparecen no sólo —en un mismo clima natural, sino directamente relacionados unos con otros— varios movimientos que se remiten abiertamente a la novedad y a la modernidad, y la oponen explícita o implícitamente a las prácticas precedentes, antiguas. Primero en el campo de la música, donde triunfa el *Ars Nova* (1991: 153).

Valoración del presente, conciencia de la continuidad histórico-temporal, intensificación del ritmo de los tiempos, tales son, en suma, rasgos sobre los que descansa la nueva experiencia de la temporalidad que se despliega en el Renacimiento y que se expresa en la crónica de la Conquista.

Se constata, pues, una clave fundamental: la experiencia del tiempo como agente del cambio y como operador de rupturas. Más aún, el tiempo aparece como el gran portador de lo nuevo, en oposición a lo viejo y a lo antiguo. Si bien el conflicto entre “lo nuevo” y “lo viejo” es de larga data, es en el Renacimiento cuando esta oposición se torna mucho más manifiesta. Se trata, en buenas cuentas, de la incipiente irrupción de lo Moderno. Pero entendamos bien: de lo “moderno” no en el sentido de la modernidad ilustrada del siglo XVIII (que supone una dimensión de futuro que el Renacimiento carecía), sino en el sentido primario de *modernitas*, término que en el latín del siglo VI se forma de los vocablos *modus*, “recientemente”, y *hodiernus*, de *hodie*, “hoy”. Moderno, en la acuñación del bajo latín, quiere decir, por consiguiente,

tanto como “a la manera de hoy”, “lo acontecido ahora”, “lo reciente”, “la última novedad” (Le Goff, 1991: 151).

El presente como “novedad”, el tiempo como hacedor continuo de “novedades”, el ritmo de los tiempos sacudido por una multitud de novedades; ésa es la clave última que opera en la conciencia temporal de los hombres que son contemporáneos a la irrupción de América en la escena de la Historia. Tal irrupción no hizo otra cosa que extremar esa sensibilidad. Para una humanidad que comenzaba a descubrir la embriaguez del presente y de lo nuevo, América marcó la gran novedad porque aportó de golpe un “mundo de novedades”: nuevos espacios y gentes, nuevas criaturas y lenguas, nuevas riquezas y poderes. Por eso fue denominada como Nuevo Mundo.

Los cronistas en el Descubrimiento de América eran testigos de algo inédito, de algo jamás visto, no registrado, y lo expresan con tonos de asombro y admiración. Donde mejor se puede constatar lo que acabamos de mencionar es ciertamente en el propio Colón. Tanto sus *Cartas* como su *Diario de viaje* están plagados de adjetivos que delatan su admiración por lo que descubre y contempla:

...En ese tiempo anduve así por aquellos árboles, que eran la cosa más hermosa de ver que otra que se haya visto, viendo tanto verdura en tanto grado como en el mes de mayo en Andalucía, y los árboles todos están tan disformes de los nuestros como el día y la noche, y así las frutas, y así las yerbas, y las piedras y todas las cosas... (1962: 67).

La señal que mejor delata esta ininterrumpida sucesión temporal de novedades la percibimos en el gesto espontáneo e irresistible de Colón de entregarse casi caóticamente a la enumeración de las cosas que lo maravillan: “sierras y montañas, vegas, y campiñas, y tierras...; y papagayos... y aves, y pajaritos..., y árboles; y lagunas... y arboleda, y yerba... y todas las cosas...” (1962: 67).

Pero no sólo se tiene la percepción de que en este tiempo asociado al Nuevo Mundo pasan muchas cosas. Además, se tiene la convicción de que acontecen grandes cosas, los mayores y más trascendentales acontecimientos de que pueda tener noticia la humanidad. Así lo da a

entender categóricamente el cronista López de Gómara: “La mayor cosa después de la Creación del mundo —dice— sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el Descubrimiento de Indias” (1553: 21).

Otro cronista, Góngora Marmolejo, explicita lo relevante de su misión y registro que da sentido a su relato:

Si los acontecimientos grandes y hechos de hombres valerosos no anduviesen escritos, de tantos como han acaecido por el mundo, bien se cree, ilustrísimo Señor, que de mui poco dello tuviéramos noticia, si algunas personas virtuosas no hubieran tomado trabajo de los escribir.

¿Quien tuviera noticia de los griegos al cabo de tantos años, estando sus ciudades antiguas y valerosas por tierra y que casi no hay memoria dellas, mas de solo las ruinas que dan a entender haber sido algo? (1862: XI).

En estas circunstancias de cambio radical, narrar la novedad de los hechos que se sucedían en el Nuevo Mundo era también un modo de rescatar ese tiempo tumultuoso y vertiginoso de su dispersión. Se lo recuperaba, no sólo del olvido, sino también de su violencia y de su insensatez. Se lo reinstalaba como un tiempo nuevo, pero coherente y, sobre todo, como un tiempo dotado de sentido, como un tiempo sensato, en que se debían ver los signos de una empresa sublime: la de Dios, la de la Corona. Atendiendo a este doble requerimiento, se fueron urdiendo los relatos de los cronistas. “Dar cuenta”, contar la novedad de los tiempos; o si se prefiere: narrar, contar el tiempo como novedad.

HORIZONTE PARA LA COMPRENSIÓN DE LA CRÓNICA

Entre los cronistas indianos del siglo XVI y los periodistas del siglo XIX, e incluso los cronistas de hoy, existen preguntas que les competen a pesar de sus diferencias.

¿Por qué y para qué la crónica? ¿De dónde su posibilidad y su finalidad? ¿Qué es lo que explica, en último término, su despliegue

como género narrativo a lo largo de la historia y de la cultura, a través de diferentes formas y espacios discursivos?

Es preciso reflexionar sobre la narración, sobre la narratividad y las narrativas, y sobre el relato como marco desde el cual se hace posible alcanzar una primera aproximación a la crónica. Por consiguiente, en lo que sigue no hablaremos, salvo en forma excepcional, de la crónica, sino de la narratividad.

En ese marco, tres son los autores que otorgan luz acerca de estas preguntas: el filósofo francés Paul Ricoeur, del cual recogemos su reflexión sobre el vínculo entre temporalidad y relato como núcleo esencial de la narratividad; el filósofo chileno Humberto Giannini, con su particular visión de la narración como gesto trasgresor en el seno de la cotidianidad y, finalmente, el planteamiento de Walter Benjamin, quien aventura el ocaso del narrador.

Los elementos reflexivos de estos tres autores son fundamentales para comprender la narratividad y, por consiguiente, para entender la crónica en sus diversas manifestaciones e indagar qué subyace tras el corazón de este “género”, más allá o más acá de todas las mutaciones, migraciones y variaciones que ha padecido a lo largo del tiempo.

Lo que, en definitiva, estaría en juego en este particular modo de relato, la crónica, es la existencia humana y su registro en la palabra. Porque “el tiempo se hace tiempo humano en cuanto se articula de modo narrativo: a su vez, la narración es significativa en la medida en que describe los rasgos de la existencia temporal” (Ricoeur, 1982: 32).

Temporalidad y narratividad son, pues, atributos del ser humano, de los cuales tenemos una experiencia y una evidencia manifiesta e inmediata. Sin embargo, mucho menos visible es el vínculo entre temporalidad humana y narración. Hasta tal punto es poco visible que algunas disciplinas teóricas, especialmente la historiografía y la teoría literaria no sólo lo han descuidado, sino que, a juicio de Ricoeur, han soslayado esta cuestión. A la primera —la historiografía— le interesa menos contar lo ocurrido que explicar por qué las cosas han pasado así y no de otro modo; de ahí que renuncie a la dimensión narrativa de la historia y a reflexionar sobre ella. La crítica literaria moderna, por su parte, tiende a desarrollar modelos que des-cronolizan el relato, interesada más bien en desarrollar modelos estructurales de la función

narrativa. Su caso más extremo, en opinión del pensador francés, es el estructuralismo.

Omitiendo la relación entre temporalidad y relato, tales actividades dejan impensado el nudo crucial que subyace tras el hecho primario de que la vida reclama y requiere ser narrada.

En efecto, se podría decir que este hecho —este gesto— de “relatar lo que pasa” es uno de los fenómenos constitutivos y fundamentales de la existencia humana. Éste ha acompañado al hombre a lo largo de su deambular por el planeta; ha proliferado en toda época, cultura y lugar, y se ha multiplicado en una diversidad de comportamientos y manifestaciones. Su poder se despliega tanto en la oralidad cotidiana —recuperando los pequeños sucesos de cada día— como en los textos escritos que intentan consignar los grandes acontecimientos. Y lo que es más decisivo aún: opera tanto en el registro de lo “real” como en el registro de la ficción —y también en el territorio donde ambos registros se entreveran y se mezclan—. La necesidad de “narrar lo que pasa” emerge como fundamento de buena parte de la literatura, del arte y de la propia historia.

De la experiencia de dispersión, de desgarro y de pérdida, surge en suma el gesto primario de narrar como un antídoto propiamente humano frente a las desventuras del tiempo y la evidencia del vacío y de la muerte.

LA NARRATIVIDAD COMO RESGUARDO DE LA EXISTENCIA

Es preciso disponer los hechos, los acontecimientos, la experiencia en un sistema; vale decir, en una trama. Ésta, en tanto disposición (estructurada) de los hechos, es el elemento que Ricoeur extenderá como propio de toda narratividad. En otras palabras: allí donde hay narración ha de haber trama. Narrar no es sólo referir hechos: es, ante todo, referir de modo articulado los hechos, haciendo de ellos un relato, un cuento, una *story*.

Ese carácter articulador, configurador, es fundamental, pues la trama dista de ser una consignación incoherente y caótica de hechos; más bien se trata de una disposición coherente y estructurada de los

acontecimientos, emerge como el referente que configura la dispersión inherente a la vida temporal. Frente al distendio, la disgregación y la *discordancia* de la vida, la narratividad, sustentada en el poder mimético del *mythos* (de la palabra configuradora de relatos), ofrece así un principio estructurador en vistas a recomponer la concordancia de la existencia fracturada por el tiempo.

En este tiempo y espacio mencionados como fundamento de la crónica, podríamos concebir al hombre como “un ser enredado en historias”, y desde ese lugar asumir la afirmación de que la vida de los seres humanos pide, reclama, ser narrada. Y esa “petición” de la vida de los seres humanos de ser relatada se debe a la convicción consciente o a la intuición inconsciente de que es sólo a través de la narración como ella gana para sí un mínimo de coherencia y de claridad. Porque es a través del relato como la vida re-compone su unidad de sentido fracturada por la acción implacable del tiempo:

Contarnos historias porque al fin y al cabo las vidas humanas necesitan y merecen contarse. Esta observación adquiere toda su fuerza cuando evocamos la necesidad de salvar la historia de los vencidos y de los perdedores. Toda historia del sufrimiento clama venganza y pide narración (Ricoeur, 1987: 41).

No todos los “ahora” son iguales ni miden lo mismo; más bien se diría que todos son diferentes y que tienen una duración variable en función de las distintas ocupaciones y preocupaciones que lo configuran, y en función también del recuerdo y de la espera que lo solicitan.

Va quedando en evidencia, entonces, que la experiencia cotidiana asume y configura la temporalidad, no como una sucesión de intervalos remotos e indiferenciados, sino como un tejido de instantes concretos que se tramam de diversa manera, a partir de las distintas preocupaciones y ocupaciones en que se afanan los hombres.

Una historia (el “cuento” del relato) es mucho más que una agregación de acontecimientos en serie; sobre todo, es una totalidad organizada e inteligible en la que en cada momento se puede reconocer el “tema” (el

cuento) de la historia. Justamente, la construcción de la trama es la operación que otorga esa unidad y esa organización; en definitiva, la que extrae la configuración de la sucesión.

La trama opera como mediadora en el plano de lo temporal, donde realiza su más importante mediación: la síntesis de lo heterogéneo.

Esto último puede constatarse en el plano literario. La literatura respeta el tiempo (la duración) diferencial que posee cada momento. En una de sus más enigmáticas y oscuras novelas, *El corazón de las tinieblas*, Joseph Conrad se toma varias páginas para describir una acción que dura tan sólo segundos.

En otro pasaje, los acontecimientos que conllevan varios años en la vida del protagonista son despachados en pocas líneas. Incluso la propia literatura se ha encargado de tematizar el asunto.

Otro ejemplo es el que podemos apreciar en “El Perseguidor” de Cortázar:

Esto lo estoy tocando mañana... Esto del tiempo es una cosa muy complicada, me agarra por todos los lados. Me empiezo a dar cuenta poco a poco de que el tiempo no es como una bolsa que se rellena. Quiero decir que aunque cambie el relleno, en la bolsa no cabe más que una cantidad y se acabó... Lo mejor es cuando te das cuenta de que puedes meter una tienda entera... como yo meto la música en el tiempo cuando estoy tocando... Todo es elástico, chico. Las cosas que parecen duras tienen una elasticidad... una elasticidad retardada... (1996: 230-231).

No cabe duda de que el relato “cuenta” con el tiempo. Y cuenta con el tiempo sobre todo porque al narrar acoge la diferente durabilidad de cada momento.

Pero, junto con acoger y dar hospitalidad al tiempo, afirmando su diferencia, el relato inscribe cada momento o episodio en la totalidad más amplia de la historia. En efecto, la narración no se agota en un episodio. Al contrario, la historia, en tanto totalidad, exige y reclama pasar al siguiente episodio y así sucesivamente. De este modo, la narración,

al mismo tiempo que afirma el valor diferencial del instante, lo integra en la unidad articulante y articuladora de la historia que se relata como totalidad. Lo discordante se lo ha transmutado en concordante.

La manifestación más elocuente de lo anterior —de esta operación de configurar un todo a partir de las partes, una historia a partir de episodios— se revela en la disposición que tiene el oyente del relato para continuar el hilo de la narración, hasta el final.

“Leer el tiempo mismo al revés” significa —de acuerdo con lo planteado por Ricoeur en *Tiempo y Relato*— leer el revés del tiempo; esto es, leer lo “otro” del tiempo, aquello “otro” que podría llamarse con el nombre de “eternidad”.

Del “revés del tiempo”, se dice que sólo Dios lo conoce. Aunque de vez en cuando hay narradores que usurpan los anteojos de Dios y pueden aventurarse siguiendo el “viaje a la semilla” del tiempo, como lo hace el narrador Alejo Carpentier. Al resto de los mortales, sólo nos queda satisfacer nuestra apetencia de eternidad escuchando los relatos cuyo final ya conocemos.

LA CRÓNICA Y LA NARRATIVIDAD

Para aproximarse a este asunto, es preciso recordar al filósofo Humberto Giannini, para quien la narración corresponde esencialmente a un modo de ser con los otros, a un modo de acoger y ser acogido, a un modo cuyo hábitat natural, en los niveles primarios de la cotidianidad, es la charla y la conversación.

En definitiva, es por el relato y sólo por el relato del otro (en la conversación y el relato) que se tiene acceso a “sus tiempos”, a saber cuál es la medida de sus momentos y de sus vivencias desplegadas en el tiempo. Pero no sólo el lector “ingresa” en el tiempo del relato y en el tiempo de sus personajes o de sus acciones. Se podría decir que también el texto ingresa en el tiempo del lector al intervenir sus propios referentes temporales. En ese sentido, leer un relato o escuchar una narración es exponerse a que los propios tiempos de uno sean corregidos, completados o enriquecidos por el tiempo de los demás. De esta manera, el tejido ininterrumpido de los relatos y narraciones que

escuchamos o relatamos, y que va enlazando nuestra vida con la de los otros, crea a la vez un espacio de tiempos confrontados y compartidos: el espacio de un tiempo común. Tiempo común —meramente colectivo como el de los relojes— en la medida en que reconozco, acojo y, en cierto sentido, hago mío el tiempo de los otros.

La reflexión de Giannini sobre la narración ocupa un lugar central en una de sus obras más sugerentes: *La reflexión cotidiana*, que lleva por subtítulo *Hacia una arqueología de la experiencia*.

El punto de partida para este filósofo se explicita desde el inicio de su obra:

El subtítulo: “Hacia una arqueología de la experiencia” declara la preocupación básica y última que nos mueve por estos terrenos relativamente menores de la investigación filosófica: se trata, en verdad, de buscar una experiencia en que convergen las temporalidades disgregadas de nuestras existencias. Búsqueda de una experiencia común, o lo que es lo mismo, de un tiempo realmente común (1993: 12-13).

No es de extrañar entonces que en su búsqueda se encuentre con la narración; lo que sí puede sorprender es el estatuto que este autor le confiere a la narración; esto es, el de constituir un modo de trasgresión lingüística; el de afirmarse como un ejercicio trasgresor del habla.

¿En qué sentido la narración puede ser una trasgresión? ¿Respecto a qué el relato emerge como un gesto trasgresor?

La narración es una trasgresión del lenguaje rutinario u ordinario, es decir, de aquel lenguaje que se impone y *ordena* nuestro modo habitual de vivir. Por cierto, la narración —y su modo habitual de anclarse en la cotidianidad que es la conversación— no constituye la única trasgresión al lenguaje rutinario. Junto al relato, se ubican otras transgresiones eminentes. En primer lugar, la poesía; también el diálogo. Pero, ¿por qué la narración? Porque su rasgo esencial reside en hacer pasar en forma precisa y expedita —al margen de cualquier ambigüedad— un mensaje. En el lenguaje informativo, la palabra no amenaza el orden de las cosas, no depara sorpresas semánticas incontrolables,

sino que “se asegura, en fin, de que se vaya recto a las cosas; de los labios a la obra, a la máquina que hay que mover, al botón que hay que apretar, a la dirección que hay que seguir” (Giannini, 1987: 70).

En definitiva, el lenguaje informativo es el lenguaje propio del trabajo y, por lo tanto, está regido exclusivamente por el principio de la eficacia y de su instrumentalidad. Frente al lenguaje informativo así identificado, ¿cómo se recorta el perfil de la narración?

Para Giannini, la narración es básicamente un método (un camino o dos) para acceder y comprender la realidad. En efecto, la narración, y aquí está inserta la crónica como relato, consigue dar cuenta de lo que sucede: “Se narra lo que pasa, y justamente, por pasar no queda; salvo en la palabra que lo narra, salvo en la palabra del narrador que lo restituye a la realidad tal vez para iluminar ésta en su ser pasajero, tal vez por pura diversión” (Giannini, 1987: 78).

La narración —porque da cuenta o cuenta la realidad— es algo insustituible en el conocimiento de las cosas. Tal afirmación no deja de presentar problemas, pues estamos habituados a pensar que el conocimiento de las cosas está entregado, no tanto a la palabra “narrativa”, sino más bien a la palabra “explicativa”. O dicho en términos más rigurosos, que la explicación es propia del *logos* y no del *mito*.

El idioma griego tiene dos palabras fundamentales para nombrar la “palabra”: la primera es *Mythos*, que significa “la palabra que narra”, que cuenta historias, que fabula; la segunda, *Logos*, “palabra racional”, explica la realidad apelando a leyes y a causas. Buena parte del destino de Occidente quedó determinado cuando ambas palabras —*Mythos* y *Logos*— se enfrentaron en el marco de la cultura griega. Pero ese enfrentamiento no ha terminado. La narración tiene hoy un sentido esencial:

Ley e historia —o en sus modos paradigmáticos: *logos* y *mytho*—, dos caminos (métodos) para acceder a la realidad, caminos que se entrecruzan, se confunden, se chocan a lo largo de la historia del pensamiento vivo de los pueblos; sin embargo, son irreductibles, uno al otro. Pues mientras en la explicación —en el universo del “es”— todo

está dado, tanto lo invisible (para nosotros) como lo visible; mientras que en este universo el ser ya está ahí sólidamente constituido y emanando de su soberbia identidad, la narración, en cambio, es narración de algo que adviene, o más bien, que irrumpe por medio de lo que pasa tranquilamente todos los días. Lo que se narra adviene como pura novedad de ser. Por eso justamente se narra (Giannini, 1987: 79-80).

Se narra lo que pasa, pero al pasar “cambia el rumbo y el destino de aquello que sometido a una ley o a una rutina, pasaba siempre” (Giannini, 1987: 83).

Narrar es, entonces, enredarse en historias, es ceder a la seducción de lo nuevo, acogerlo, afirmarlo y convocarlo, y con ello poner en juego mi identidad.

Pero el poder trasgresor de la narración termina por exhibirse completamente si atendemos al modo en que ella se materializa en nuestra cotidianeidad; esto es, en la conversación. Y la crónica, si bien posee evidentemente una estructura narrativa y se materializa en la palabra escrita, es similar a la experiencia de la “conversación” y provoca en el lector un prurito de conocimiento del hecho narrado, de empatía.

“La conversación surge por el placer de ella misma, y a falta de ese placer se disuelve” (Giannini: 1987: 83). Gratuita en su origen, la conversación tiene mucho que ver con el juego: “No se programa (¿no sería matarla?). Ni se le asignan puntos de partida o de llegada. Surge en cualquier momento” (Giannini: 1987: 83).

Pero, ¿qué es lo que explica el placer que encontramos en conversar, en “contar” lo que nos ha pasado? ¿Qué es lo que muestra el placer de narrar?

Básicamente, el constituir un gesto de rescate de todas aquellas experiencias, vivencias, sentimientos que quedan fragmentados, arrinconados, silenciados por la urgencia de un tiempo lineal que no admite desviaciones, trasgresiones, distracciones. Esa vida “interior” necesita expresarse, reclama ser rescatada de su mutismo. Y eso es lo que tiene curso en la conversación y en la crónica:

Contar significa en castellano tanto “narrar” como “numerar”; y ambos sentidos se corresponden con la disposición anímica dominante en la conversación. En efecto, se cuentan, se narran hechos propios o ajenos; y se cuentan, en primerísimo lugar, para hacer comprensible una existencia preferentemente, la nuestra o una situación ante los otros (Giannini, 1987: 78).

Y he aquí la correspondencia. Sólo a través de un tiempo vivido como digno de ser narrado (como narrable); sólo a través de un tiempo esencialmente cualitativo es que vamos contando, numerando en la memoria esta vida que nos pasa. Sólo de ese modo vamos contando el tiempo existencial (Giannini, 1987: 84).

EXPERIENCIA Y RELATO

Hemos visto que la experiencia —el referir aquello en lo que se ha participado como protagonista o testigo— constituye uno de los rasgos más primarios y visibles de la propia crónica. Así lo perciben, recordemos, los propios cronistas indios y así también lo visualiza Walter Benjamin:

El narrador toma lo que narra de la experiencia, sea de la propia o de una que le ha sido transmitida. Y la transmite como experiencia para aquellos que oyen su historia (Benjamin, 1961: 30).

En el caso de Benjamin, la noción de “experiencia” tiene además una connotación eminentemente colectiva. Aún más: no sólo la experiencia que se narra, sino el hecho mismo de narrarla son acontecimientos en esencia colectivos. La oralidad es, por consiguiente, la clave originaria de la narración. Sin embargo, tal oralidad no significa que el relato no adopte o no se acomode posteriormente a las prácticas y formas escriturales. Por el contrario, los relatos y narraciones con el correr de los siglos formaron parte significativa de la literatura impresa, pero

conservando esa impronta de la palabra emitida desde lo oral. Eso posibilita que conserve también su vitalidad como experiencia colectiva y popular, como lo expresa el mismo Benjamin:

La experiencia que corre de boca en boca es la fuente en que se han abrevado todos los narradores. Y entre ellos, los que han escrito relatos; los más grandes son aquellos cuyos textos se distinguen menos del lenguaje de muchos narradores anónimos (Benjamin, 1970: 190).

La vitalidad del relato deriva de la sociedad. Cuanto más íntima e intensa sea la relación del narrador con su pueblo, con sus formas espontáneas de comunicación, mayor será la grandeza del relato. Por otra parte, el rasgo popular de toda auténtica narración deja sus huellas.

El ocaso del relato, la imposibilidad de la narración es signo entonces de dos eclipses: el de la experiencia y el de la sabiduría. Y no puede menos que ser así, pues la sabiduría se funda y despliega a partir de la experiencia: es la verdad, el consejo, que destila la experiencia.

Pero a su vez, para que la experiencia produzca este efecto de “verdad”, se requiere que la experiencia “corra de boca en boca”; en otras palabras, se requiere el relato. Sin relato no hay experiencia ni sabiduría posibles. Pero además, se requiere que ese relato sea colectivo. Pues así como la narración en su fondo anónimo es una obra colectiva, así también lo es la experiencia y la propia sabiduría.

Ahora bien, el profundizar en la naturaleza popular de la narración le permitirá a Walter Benjamin rescatar algunas de las dimensiones esenciales del relato. En ese sentido, y remitiéndonos a sus antecedentes más arcaicos, este autor identificará dos formas primarias de la narración: el relato de quien viene de lejos y refiere acontecimientos e historias de tierras distantes, y los relatos de aquel que habita en un lugar, y que puede conocer y narrar las tradiciones y hechos de su entorno. El primero corresponde, en todos los tiempos, al marino mercader; el segundo, al campesino sedentario. No sería posible pensar el desarrollo del género narrativo sin una íntima compenetración de los dos tipos arcaicos:

Una compenetración semejante —agrega— produjo especialmente la Edad Media con su constitución artesanal. El maestro sedentario y los aprendices vagabundos trabajaban en el mismo taller; y todo maestro había sido aprendiz vagabundo en su tiempo, antes de asentarse en su patria o en el extranjero. Si los aldeanos y los marinos han sido los antiguos maestros de la narración, el taller medieval fue su escuela secundaria. Allí se encontraba la noticia lejana, que el Peregrino traía a su hogar, con las noticias del pasado, que conserva el más sedentario (Benjamin, 1970: 195).

El narrador trabaja pacientemente con el hecho que ha de relatar, transformándolo en una pequeña gran historia, al modo corno trabaja el artesano, sin impaciencia, la madera, la arcilla o el metal, buscando perfeccionar una diminuta forma. Pero para eso se necesita paciencia y tiempo: ese tiempo con el que ahora no contamos. Al no contar con el tiempo, la artesanía, el relato, las historias van desapareciendo.

Pasó el tiempo en que el tiempo no contaba. Con ello el hombre se ha vuelto impaciente. No tiene tiempo para saber escuchar historias o tiempo para saber contarlas. Ya no hay siquiera tiempo para dilatarse en el aburrimiento y en el tedio que da el material para tejer historias:

Relatar historias es el arte de saber seguir contándolas, y se pierde cuando las historias ya dejan de ser retenidas. Se pierde porque ya ni se hila ni se teje en el telar, mientras se las escucha. Cuanto más olvidado de sí mismo esté el oyente, tanto más profundamente se acuñará el oído en él. Si se encuentra sujeto al ritmo de un trabajo, presta oídos a historia de tal manera que luego adquiere de por sí el arte de volver a relatarlo. Así, pues, está tejida la red de donde proviene el don del narrador. Esa red se desata hoy por todos los cabos, mientras que durante milenios fue una y otra vez anulada en el círculo en que se cumplía un trabajo artesanal (Benjamin, 1970: 191).

La narración, el relato, la crónica afirman el sentido de la vida como sentido compartido y colectivo:

El cronista con su orientación hacia una historia sagrada, y el narrador con su orientación profana, tienen ambos tanta participación en la obra que, con respecto de ciertas narraciones, no puede establecerse si la trama en que aparecen las cosas en su curso es la tela dorada de una intuición dorada o la tela colorida de una intuición profana (Benjamin, 1970: 192).

Si el historiador se ve obligado a explicar los hechos que relata es porque, al igual que el novelista, el sentido de la existencia histórica le resulta problemático; de ahí que tenga que explicarlo laboriosamente mediante enlaces y conexiones causales. Tiene, en definitiva, que construir o re-construir el sentido y la estructura —en rigor, la trama— de los acontecimientos. El narrador, y específicamente el cronista, por el contrario, está liberado de esta obligación en la medida en que ya posee —en forma resuelta y plena— el sentido y la trama de la existencia. No tiene que construir ni reelaborar nada; la trama ya está decidida y el narrador sólo tiene que narrar; simplemente contar lo que pasó.

Cada mañana —sentencia Benjamin— se nos informa sobre las novedades de toda la tierra. Y sin embargo, somos notablemente pobres en historias extraordinarias. Ello proviene del que ya no se nos distribuye ninguna novedad sin acompañarla con explicaciones. Con otras palabras, ya casi nada de lo que acaece conviene a la narración, sino que todo es propio de una información (Benjamin, 1970: 194).

El tiempo de la narración, el tiempo de los relatos que van de boca en boca, de esas historias que se construyen anónimamente, que son de todos y de nadie, ese tiempo comienza inexorablemente a desvanecerse.

Sin embargo, la crónica, en su multiplicidad de formas y diversidad de cronistas recupera, en parte, la oralidad extraviada, pues pone en un

texto estructurado aquellos hechos, acontecimientos o realidades tamizados por la mirada y expresión narrativa de quien lo escribe (el cronista) y devuelve al sujeto en tanto individuo y colectivo aquellas realidades que si no fuesen expresadas por la palabra carecerían de certificado de existencia y se perderían, se desvanecerían en la nada, como dijo Karl Marx en el Manifiesto Comunista: “lo sólido se desvanece en el aire”, frase que Marshal Berman menciona en su libro homólogo en referencia al significado de la modernidad y de lo que implica ser modernos, lo cual necesariamente es hacerse cargo de un universo en que todo es cambiante, transitorio y, sobre todo, nuevo.

Y la crónica muestra esta novedad desde sus inicios. Es una cazadora de lo nuevo, de lo inédito, de la novedad de los tiempos. Entonces, no deja de asombrar cómo la crónica ha cobrado adeptos y recuperado espacio en los medios escritos y electrónicos en las últimas décadas.

Aquella crónica que en el medioevo era sólo un listado de acontecimientos, de marcas, dio paso a la “migración”; como menciona Walter Mignolo en su texto “Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista”, a una crónica que buscaba narrar la historia en el relato de los cronistas indios.

Sin embargo, en esta “migración” —añade Mignolo—, hubo un cambio, pues la historiografía, al ir dando paso a una disciplina más científica, dejó de lado a la crónica como texto, y ésta literalmente “migró” hacia la literatura y el periodismo hacia fines del siglo XIX. Y sigue ocupando ambos espacios hasta el día de hoy.

En nuestra época, la crónica ha asumido un papel muy especial, ya que logra dar cuenta de los acontecimientos y, a la vez, muestra la experiencia de quien observa un hecho, quien, cual testigo, puede mostrar esa misma experiencia en el relato, que da sentido en su narratividad híbrida, vale decir a medio camino entre la ficción y lo real, tanto del espacio en que ocurrieron los hechos que se narran como del tiempo en que éstos ocurrieron.

La crónica porta hoy un silencioso lugar de registro. La suma de todas las crónicas y de las diversas miradas de sus cronistas puede constituir un verdadero cuadro de los tiempos; de ahí el asombro, la singularidad y pertinencia del relato “cronicado”, porque posee libertad y capacidad de resguardar el tiempo del olvido y de mostrar, por otro

lado, el espacio donde los sucesos tienen curso con absoluta claridad descriptiva. Pero, por sobre todo, la crónica ocupa un lugar privilegiado donde lo “normativo” se diluye y puede ir sumando realidades que, en su conjunto, devuelven al maltrecho sujeto posmoderno una posibilidad de unidad y de sentido en que tiempo y espacio son recuperados y estructurados en una historia, un cuento; en que el ser humano sigue teniendo algo que lo distingue de otros seres: su capacidad de articular un relato que le otorgue cuerpo individual y cuerpo social, vale decir identidad y sentido. En definitiva, el ser humano y su necesidad de relatarse y de resguardar su paso del olvido “se enreda en historias”, en la oralidad, pero también reclama narrar su propia existencia, la individual y la colectiva en la que él mismo se refleja como en un espejo múltiple que le devuelve el espacio que ocupa en este fragmentado y simultáneo mundo. El individuo inserto en la Era de la Información persigue, pues, el relato porque, entre otras cosas, necesita perdurar y que su vida, su Historia y sus historias no caigan en el olvido.

BIBLIOGRAFÍA

- BENJAMIN, W. (1961), *El narrador. Consideraciones sobre la obra de Nicolai Leskov*. Caracas: Editorial Monte Ávila.
- _____ (1970), *Sobre el programa de la filosofía futura y otros ensayos*. Caracas: Editorial Monte Ávila.
- COLÓN, C. (1962), *Diario de Colón: Libro de la primera navegación y descubrimiento*. Edición y comentario preliminar por Carlos Sanz. Madrid: Gráfica Yaques.
- CORTÁZAR, J. (1996), “El Perseguidor”, en *Cuentos Completos 1*. Buenos Aires: Editorial Alfaguara. 1996, pp. 225-266.
- GIANNINI, H. (1987) *La reflexión cotidiana: hacia una arqueología de la experiencia*. 4a Edición. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- GÓNGORA MARMOLEJO, Alonso de (1862), *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año de 1575*. Santiago: imprenta del Ferrocarril. (Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional)

- HALE, J. R. (1986), *La Europa del Renacimiento, 1480-1520*. Madrid: Siglo XXI.
- HELLER, A. (1980), *El hombre del Renacimiento*. Barcelona: Ediciones Península.
- HUIZINGA, J. (2006), *El otoño de la Edad Media*. Madrid: Revista de Occidente.
- LÓPEZ DE GÓMARA, F. (1553), *Hispania Victrix: Primera y segunda parte de la historia general de las indias con todo el descubrimiento, y cosas notables que han acaecido donde que se ganaron hasta el año de 1551: con la conquista de México y de la Nueva España. Impreso en Medina del campo (España: Guillermo de Millis, 20 de agosto 1553)*. Biblioteca Nacional de Chile, Sala Medina.
- MIGNOLO, W. (1982), “Cartas, crónicas y relaciones del Descubrimiento y la Conquista”, en Madrigal, L. I. (coordinador), *Historia de la literatura hispanoamericana. Época colonial*. Madrid: Cátedra, pp. 57-116.
- RICOEUR, P. (1982), “La función narrativa y la experiencia humana del tiempo”. Traducción de Victoria Undurraga, en revista *Escritos de Teoría*, V. Santiago de Chile, octubre de 1982, pp. 70-91.
- _____ (1987), *Tiempo y Narración*, vol 1. *Configuración del tiempo en el relato histórico*. Madrid: Editorial Cristiandad.

Fecha de recepción: 09/11/2007
Fecha de aceptación: 27/03/2008